

Castillos de la Alta Extremadura: Eljas

(CON NOTICIAS HISTÓRICAS DE LA «ENCOMIENDA» DE SU NOMBRE)

SEGUNDA PARTE

I

COMENDADORES

Ha sido nuestro empeño poder precisar el número exacto de freires alcantarinos que detentaron la *encomienda* de Eljas, o estuvieron al frente de su administración, desde que la misma fué creada hasta su incorporación—en lo referente al percibo de rentas y otros beneficios—, a la Orden de Calatrava; hecho trascendental que llevó consigo, como veremos en páginas sucesivas, la no existencia ya, a partir de entonces, de comendadores de Eljas; porque pocos años después del *paso de dicha encomienda al convento de*¹ *Calatrava*, la Corona dispuso revertiera al erario público cuanto procedía de la venta de bienes y demás pertenencias de las ya en aquel tiempo ineficaces y desacreditadas Ordenes militares; desapareciendo, por tanto, las *encomiendas* como tales prebendas y cargos remunerativos.

Pero mucho tememos que, a pesar de nuestra voluntad y decidido propósito, no hayamos conseguido precisar y determinar con toda exactitud cuántos y quiénes fueron los comendadores y administradores que figuraron al frente de la dicha *encomienda* de Eljas; mas aunque ello sea así, nos cabe la satisfacción de haber

¹ Véase más adelante el capítulo relativo a esta histórica y curiosa determinación de la Corona.

coronado la empresa con regular éxito, porque pocos, muy pocos freires o caballeros que ostentaron aquellos títulos, han escapado a nuestro control.

Damos a continuación relación numérica y cronológica de los mismos, aunque con reservas, pues no son artículo de fe precisamente los años que se señalan relativos al inicio o cese en los cargos; pero sí podemos afirmar, sin temer equivocarnos, que las fechas que se indican coinciden, si no totalmente, al menos de manera muy aproximada, con las de los respectivos mandatos.

He aquí relación de los distintos y sucesivos poseedores de la *encomienda* de Eljas, con título de comendador, administrador o usurpador de ella, desde su creación en 1428, hasta el fallecimiento del último poseedor, Frey Pedro de Silva y Sarmiento, ocurrido el 8 de noviembre del año 1808:

- 1.º, en 1428.—Frey Juan de Salazar, comendador de Salvaleón y Eljas.
- 2.º, en 1445.—Frey Pedro de Medina, comendador de Eljas y Salvaleón.
- 3.º, en 1455.—Frey Juan Martín, comendador de Eljas.
- 4.º, en 1473.—Frey Juan González de Raudona, comendador de Eljas y Almorchón.
- 5.º, en 1474.—FERNAN CENTENO, que usurpó la dicha *encomienda* de Eljas.
- 6.º, Frey Alonso del Aguila, comendador de Eljas.
- 7.º, Frey Diego del Aguila, comendador de Eljas.
- 8.º, Frey Francisco del Aguila, comendador de Eljas.
- 9.º, en 1516.—Frey Alonso del Aguila, comendador de Eljas.
- 10.º, en 1547.—Frey Alonso de Quiñones, comendador de Eljas.
- 11.º, de 1590 a 1596.—Frey Enríquez de Guzmán, administrador de Eljas.
- 12.º, de 1596 a 1600.—Frey Hernando de Toledo, administrador de Eljas.
- 13.º, de 1600 a 1606.—Frey Julio de Acuña y Vela, administrador de Eljas.
- 14.º, de 1606 a 1607.—Frey Gómez Zapata, comendador de Belvís y administrador de Eljas.
- 15.º, de 1607 a 1650.—Frey Carlos Doria, comendador de Eljas.

- 16.º, de 1650 a 1655.—Durante este tiempo y por hallarnos en guerra con Portugal, está vacante la *encomienda* y llevaron su administración varios vecinos de Eljas.
- 17.º, de 1655 a 1667.—Frey Pedro Barrantes Manuel de Aragón, administrador.
- 18.º, de 1667 a 1683.—Frey Luis Doria, comendador; y durante su minoría de edad, fué administrador D. Diego de Beja y Alburquerque.
- 19.º, de 1683 a 1684.—Frey Diego de Figueroa y Córdoba, gobernador de Alcántara y administrador de Eljas.
- 20.º, de 1684 a 1708.—Frey Melchor Enríquez y Cabrera, administrador.
- 21.º, de 1708 a 1711.—Don Jerónimo Vadillo, administrador.
- 22.º, de 1711 a 1726.—Frey Manuel de Arce, administrador.
- 23.º, de 1726 a 1736.—Frey Melchor Enríquez y Cabrera, comendador.
- 24.º, de 1736 a 1742.—Frey Joaquín de Aranda y Amezaga, comendador.
- 25.º, de 1742 a 1745.—Doña María Teresa Rojano, administrador en nombre de su hijo Francisco de Aranda, menor de edad.
- 26.º, de 1745 a 1748.—Frey Francisco de Aranda y Rojano, administrador.
- 27.º, de 1748 a 1773.—Frey Francisco de Aranda y Rojano, comendador.
- 28.º, de 1743 hasta su paso a la Orden de Calatrava, Frey Pedro de Silva y Sarmiento, último comendador de Eljas.

En nuestro buen deseo de aportar cuantos datos nos ha sido posible adquirir para completar, al menos en parte, la personalidad de los caballeros más linajudos y representativos que figuraron al frente de la *encomienda* de las Eljas, consignamos a continuación diversas circunstancias relativas a los mismos:

Frey Juan de Salazar, primer comendador de Eljas, de quien tenemos noticias, se intituló comendador de Salvaleón y las Eljas. Ostentó el cargo en 1428, cuando regía los destinos de la Orden

de Alcántara el maestre D. Juan de Sotomayor, y fué comisionado por el Rey para efectuar el deslinde de términos entre la villa de Gata y Torre de Don Miguel, cuya operación realizó satisfactoriamente y fué confirmada por el maestre, estando en Segovia, el 13 de diciembre del indicado año.

A Juan de Salazar sucedió *Frey Pedro de Medina*, comendador de Eljas y Salvaleón, en tiempos del maestre D. Gutierre de Sotomayor. Este freire alcantarino era natural de Medina del Campo y pertenecía al esclarecido linaje de los Mercado.

Aparece después al frente de las tantas veces mencionada *encomienda* de Eljas, con título de comendador, *Frey Juan Martín*, más conocido como *Frey Juan de Cilleros*, por ser natural de la villa de este nombre, en la que era su padre Alcaide de la Orden.

En tiempos del maestre D. Gómez de Solís era comendador de Eljas y Almorchón *Frey Juan González de Raudona*, y durante las rivalidades y luchas intestinas surgidas entre los freires alcantarinos seguidores de una u otra de las parcialidades que capitaneaban el dicho maestre y el clavero D. Alonso de Monroy, el célebre e inquieto caballero mirobrigense, *Fernán Centeno*, el *Travieso*, Sr. del Castillo de Rapapelo, se apoderó de la fortaleza de Eljas y de todas las pertenencias de la *encomienda* de su nombre. Pretendió después dar jaque a los distintos comendadores, alcaides, señores y capitanes de la comarca, hasta que, al fin, se encauzaron los acontecimientos y el batallador Centeno entregó cuanto a la Orden había usurpado a la varonil duquesa de Arévalo y Plasencia, D.^a Leonor de Pimentel, madre del flamante y recién nombrado maestre, D. Juan de Zúñiga ².

En 1484 era comendador de Eljas *Frey Alonso del Aguila*, hijo de Diego del Aguila, alcaide de la plaza de Ciudad Rodrigo. Sustituyó aquél un ruidoso pleito con la mesa maestral sobre el cobro del medio diezmo a los ganados que pastaban en la dehesa de la *encomienda*, ya fueran propiedad de forasteros o de los naturales de las villas y lugares a que se extendía la jurisdicción de la misma. Este caballero, juntamente con otros primates de la Orden, acom-

² En nuestra op. intitulada «*Fernán Centeno, el Travieso, Señor del castillo de Rapapelo*», aportamos buen número de datos relativos a este personaje.

pañó al maestre Zúñiga en el cerco de Málaga y encontró la muerte en aquella memorable acción bélica.

A raíz del desastre de Málaga, queriendo el Rey premiar los servicios prestados por el esclarecido D. Alonso, hizo merced a su hermano, el capitán *Antonio del Aguila*, del título de comendador de Eljas, a fin de que lo disfrutara su hijo Diego; pero como éste era a la sazón menor de edad, administró la prebenda, como tutor y curador de su hijo, el referido capitán.

Este último comendador, *Diego del Aguila*, murió joven y le sucedió en el cargo *Frey Francisco del Aguila*.

Y, finalmente, en 1516, aparece al frente de la encomienda de Eljas *Frey Alonso del Aguila*, tercero de los hijos del mencionado capitán Antonio del Aguila. Viniendo a resultar, por tanto, que durante algunos años el dicho cargo parecía ser patrimonio exclusivo de los descendientes del esclarecido alcaide civitatense Diego del Aguila, que tanto se distinguió en el reinado de los Reyes Católicos ³.

A mediados del siglo xvi es comendador de Eljas un distinguido y prestigioso personaje: Frey Alonso de Quiñones, Acebedo, Enríquez y Acuña, descendiente por línea de varón de la casa de los Quiñones, que fundara Diego Hernández de Quiñones, padre del famoso don Suero, el del *Paso Honroso*.

Representaba D. Alonso la segunda rama de dicho linaje; y la primogenitura correspondía a su tío D. Bernardino Hernández de Quiñones, segundo conde de Luna ⁴.

Don Antonio de Quiñones, hermano de D. Bernardino, tuvo dos hijos: Diego y Alonso; pero el mayor, que vistió el hábito de Alcántara, falleció joven y pasaron a su hermano Alonso todos los mayorazgos y prerrogativas de la casa. Este último, también freire alcantarino, fué comendador de Eljas y, posiblemente, el caballero más honorable, virtuoso e insigne de todos los que disfrutaron la mencionada sinecura. Miembro de una familia ilustre, a la que estuvieron vinculados honores y cargos tan representa-

³ El libro que lleva por título «*Ciudad Rodrigo. - La Catedral y la Ciudad*», por M. Hernández Vega, en las págs. 303 y siguientes del t. I, y las 77 y 78 del t. II, contiene buen número de noticias relativas al linaje de los de este apellido.

⁴ Vid. Apéndice I.

tivos como los de Merinos Mayores de Asturias y León, Almirantazgo de Castilla, condes de Alba de Liste y Luna y otros no menos prestigiosos, el insigne comendador fué figura señera de su tiempo.

Era sobrino carnal del franciscano fray Francisco de Quiñones, cardenal-obispo de Coria, quien debió influir en su formación de manera decisiva, pues si hemos de dar crédito a las cláusulas de su testamento ⁵, único testimonio auténtico e importante de que disponemos, justo es reconocer que fué varón ejemplarísimo, poseedor de mucha y saneada hacienda, cuyos frutos y demás beneficios revertían, en su mayor parte, en los colonos de sus señoríos.

En el referido documento se nos presenta pródigo y caritativo en extremo; y de una fe cristiana tan arraigada, que no sabemos qué admirar más, si su esperanza por la justa recompensa en la otra vida, el desinterés de su corazón o al amor hacia sus semejantes, ya que, en su ferviente deseo de corresponder a los honores, favores y demás gracias del Altísimo, asombra a los de su tiempo con su trascendental y postrera determinación: Dar a los pobres íntegramente cuanto reste de su fortuna, al fallecer, una vez saldadas sus deudas y compromisos; y después, asimismo, de haber sido abonados el crecido número de sufragios, cuya celebración dispuso para remisión de sus pecados.

A la muerte del comendador Quiñones fueron nombrados disponeedores de su conciencia y bienes, en representación de los intereses de la Orden de Alcántara, D. Sancho de la Cerdá y Portugal, marqués de la Laguna de Camero Viejo, mayordomo y comendador de la Moraleja, y el licenciado Vilella, clérigo del hábito de Alcántara y capellán de S. M., y testamentarios, el licenciado Juan Álvarez de Soto, Hernando de Quiñones, al abad de San Claudio y el guardián de San Francisco de Benavides. A estos dos religiosos se le debían entregar 100 ducados de limosna a cada uno para sus respectivos conventos, una vez terminada su misión, que debían cumplimentar en un tiempo no superior a un año «y no de otra manera» ⁶.

⁵ Se conserva una copia en el A. H. N.: *Encomiendas de la Orden de Alcántara*, leg. 5.826.

⁶ *Ibíd.*, varios documentos.

Desde 1590 a 1596 se encargó de la administración de la *encomienda* de Eljas D. *Enrique de Guzmán*; y desde la última fecha señalada hasta 1600, D. *Hernando de Toledo*.

Al finalizar el siglo xvi era comendador de Eljas D. *Julio de Acuña y Vela*, aunque no consta la fecha en que se le concedió el nombramiento; pero una vez fallecido Acuña, S. M., por disposición fechada en Madrid el día 3 de diciembre de 1606, dió la administración de aquella *encomienda* a D. *Gómez Zapata*, comendador de Belvis de la Sierra ⁷.

Poco tiempo disfrutó dicha prebenda D. *Gómez*, pues el 5 de enero de 1607, exactamente, el monarca decide nombrar comendador de Eljas a D. *Carlos Doria*, que lo era, a su vez, de las Casas de Calatrava, en la misma Orden de Alcántara.

Carlos Doria, duque de Turssis ⁸, general de la escuadra espa-

⁷ A. H. N.: *Encomiendas de Alcántara*, leg. 2.449.

⁸ He aquí algunos datos relativos a las pruebas de nobleza de D. Carlos Doria, que obran en su expediente de pruebas del A. H. N.:

«Don Carlos de oria duque de Tursi, es hijo del príncipe Juan Andrea doria y su buelo padre se llamó Juanetín deoria y suabuela doña zeneta çenturión, son naturales degénova. padre desu madre Marco Antonio del Carreto y su abuela doña Vitoria psicolamini, hija del Duque de amalfi, natural de naPoles. Porel quarto de madre seade Provar en naPoless y Por los demas en génova.—PAREDES».

Damos traslado a continuación de una curiosa comunicación dirigida al Rey de España por los informadores. Dice así:

«SEÑOR: En conformidad de lo q. V. Mgd. nos manda por su real gracia de hacer las provanças por el abito Don Carlos Doria, luego de resçebida la dicha provisión dimos principio a tomar los testigos con las diligencias q. V.Mgd. manda, y ansi haviendo acabado las dichas ynformaciones se embian a V.Mgd. cerrada y selladas, y se entregará este pliego a nános del Conde de Binasco su embaxador en esta repuvlica, Porq. tenga el buen recado que conviene. . . en Génova en XXviij dias del mes de octubre año de 1599.—Hector spínola.—Sinibaldo doria».

También figura en el expediente de pruebas de dicho caballero otra comunicación cuyo contenido es del siguiente tenor:

«Nos Hector spínola, cavallero de la Orden de Alcántara y sinibaldo doria dela destyago, decimos qe. haviendo recibido una real provisión del rey don Felipe N. Sr. enq. nos mandó tomar enformación sobre la nobleza y calidades del sr. don Carlos Doria duq. de Tursi para ledar el abito de la dicha cavallería de Alcántara y echas por nos las diligencias y pesquisas q. en tal caso se requieren y despues de haver tomado el dicho a los testigos tan solamente pr. lo q. toca a las personas del sr. don Carlos y de su padre y sus aguelos de parte de su padre, pr.

ñola, con base a la sazón en Génova, fué comendador durante muchos años, pues se dispone de suficientes testimonios escritos que dan fe de que en 1640, al romperse las hostilidades con Portugal, con ocasión de la guerra de Sucesión de este país, todavía desempeñaba el de Turssis aquel cargo.

Cuando falleció el mencionado Duque, en 1650, fué nombrado administrador *D. Rodrigo de Borja*, que residía en Madrid; pero debido, posiblemente, a que todas las pertenencias de la *encomienda* eran escenario de frecuentes incursiones y escaramuzas, sostenidas con los partidarios del pretendiente portugués, hubieron de encargarse de la administración varios vecinos de Eljas y de las demás villas comarcanas, nombrados por las Justicias locales.

El rey D. Felipe instaba a D. Rodrigo y éste, a su vez, reclamaba a sus apoderados que abonasen los alcances; pero los interesados alegaban que por vivaquear constantemente fuerzas enemigas por las tierras de la *encomienda* y estar a merced de aquéllas sus vidas e intereses, no podían cultivar los campos ni recoger los frutos, ya que reinaba en toda la región la más completa anarquía y el más lamentable abandono.

Teniendo en cuenta lo que antecede, y a fin de poder encauzar el estado de cosas, el Rey Felipe IV dispuso que se nombrara administrador al caballero *D. Pedro Barrantes y Manuel de Aragón*, cuyo título se extendió y firmó el 9 de enero de 1655.

Dos años más tarde falleció Barrantes, y como era menor de edad el Rey D. Carlos, la Reina D.^a Mariana, su madre y tutora, ordenó expedir título de igual clase al freire alcantarino *D. Diego de Beja y Alburquerque*, con fecha 13 de diciembre de 1667.

Cuando murió el comendador Carlos Doria, el segundo de sus hijos, Luis Doria, tenía dos años de edad; pero al cumplir los ocho, S. M. le hizo merced de la *encomienda* de Eljas; mas como no

havernos venido orden q. assi lo hiciessemos pues se dava comisión a cavalleros ressidentes en Napoles q. alla se tomasen las informaciones tocantes al cuarto la la madre del dcho sr. don Carlos y echas por nos las dchas provanças serradas y selladas en un pliego muchos dias ha los entregamos al sr. conde de Binasco embaxador de S. Mgd. ressidiente en esta república, para q. se los enviase q. dice haverlo echo, y paraq. conste todo ello dimos la presente firmada de nuestros nombres y sellada de nuestros sellos q. en fecha en Génova 10 dias del mes de diciembre en 1599. -Hector spínola. -Sinibaldo doria».

podía profesar en la Orden por sus pocos años, se interesó del Santo Padre el oportuno Breve, solicitándolo el Rey por mediación de su representante diplomático en Roma. El Breve en cuestión debía dispensar a D. Luis para poder obtener los frutos y rentas de la *encomienda*, de la que no podía ser más que administrador hasta que cumpliera los dieciséis años; edad mínima indispensable para ingresar en la Orden⁹. En años sucesivos, fué comendador.

Disfrutó D. Luis los beneficios de la *encomienda* hasta el 23 de septiembre de 1683, fecha de su fallecimiento; y a partir de entonces se encargó, por su condición de administrador, cobrar las rentas y recoger los frutos a D. Diego de Figueroa y Córdoba, gobernador de la villa y partido de Alcántara¹⁰.

⁹ Véase el leg. 446 del A. H. N.: *Orden de Alcántara*, donde tomamos los siguientes datos genealógicos:

«Don Luis Doria y Gonzaga, comendador de las Eljas, era natural de Massa de Carrara, en los confines de la Liguria.

Fueron sus padres: Carlos Doria Carreto, Duque de Turssi, natural de Génova y doña Juana Gonzaga del Bosco, natural de Castellón del Estiveri, feudo imperial de Lombardía.

Y sus abuelos: Juan Andlea Doria Carreto, príncipe de Abela, natural de Génova y doña Costanza Doria Carreto, natural de Loan, lugar de la Rivera del poniente de Génova, que es propiedad de los padres de dicha Princesa.»

Tales señores eran los abuelos paternos del comendador don Luis; y los maternos fueron los siguientes:

«Luis Gonzaga, Príncipe de Castellón, nacido en Madrid, y Laura del Bosco, natural de Mistilmer (?) en el reino de Sicilia.»

Don Carlos Doria era general de la escuadra de S. M. que tenía su base en Génova.

Mandó hacer la información don Pablo Spínola Doria, marqués de los Balbases, gobernador y capitán general del estado de Milán, a Carlos Sirtori y a Carlos Ramírez, caballeros profesos de Santiago.

Tenía entonces don Luis Doria ocho años; y sólo dos cuando murió su padre don Carlos.

De este linaje era el príncipe Luis, Antonio, Eusebio, Vicente, Fabián, Sebastián, príncipe de Castellón, hijo de Francisco Gonzaga, que nació en Madrid, estando su padre con el cargo de embajador del emperador de Alemania, «aunque era italiano, que estaba casado con Bibiana Prenestanos, nacionalidad alemana, se bautizó en San Pedro de Madrid».

¹⁰ De su expediente de pruebas, que lleva el n.º 542, *Orden de Alcántara*, en el cit. archivo, tomamos los siguientes datos referentes a don Diego de Figueroa y Córdoba:

No sacó mucho provecho el caballero Figueroa de la merced real, pues el 29 de marzo de 1684, el Monarca, previas las debidas formalidades, entregó la administración consabida a *D. Melchor Enríquez y Cabrera*,¹¹ hijo del almirante de Castilla y miembro del

«Don Diego de Figueroa y Córdoba, caballero de Alcántara y administrador de la *encomienda* de Eljas, era hijo de Gómez de Figueroa. Córdoba y Laso de la Vega, caballero de Calatrava, procurador general de dicha Orden, natural de Málaga; y de doña Ana de Francia, nacida en Sevilla.

Fueron sus abuelos maternos: Gutierre Laso de la Vega, malagueño, y doña Ana de Figueroa, natural de Córdoba. Y los maternos: Pablo Martínez de Francia, que tuvo su cuna en Paredes de Nervas, y la sevillana doña Beatriz de Almonte.

Eran hermanos de Diego de Figueroa y Córdoba, Gutierre Laso de la Vega, caballero de Santiago, y Pablo de Figueroa, de la Orden de Calatrava.

Y tíos, por ser hermanos de su padre, los siguientes caballeros:

Luis Laso de la Vega, de la Orden de Calatrava, comendador de Puertollano. Juan de Córdoba y Laso de la Vega, caballero de Santiago.

Pedro Laso de la Vega, gobernador de Alcántara y caballero de la Orden alcantarina.

Primo hermano de Diego de Figueroa y Córdoba, Garcilaso de la Vega, caballero de Santiago, nieto de Pablo Martínez de Francia, hijo de Luisa de Francia, su hija, y de Juan de Córdoba Laso de la Vega. Fué primo hermano por ambas partes, ya que Gómez de Figueroa y Juan de Córdoba, hermanos, casaron con Ana y Luisa de Francia, hermanas e hijas de Pablo Martínez de Francia.

Juan de la Fuente Almonte, caballero de Santiago, era hermano de doña Beatriz, abuela de Diego de Figueroa y Córdoba».

¹¹ Transcribimos a continuación algunos datos personales relativos a este comendador, ascendientes y otros miembros de su linaje, tomados de su expediente para ingreso en la Orden de Santiago, que se guarda en el A. H. N., y a cuyo leg. le corresponde la sig. 2635:

«Melchor Enríquez y Cabrera, caballero de Santiago y comendador de Eljas en la Orden de Alcántara, era hijo de Juan Gaspar Enríquez y Cabrera, almirante de Castilla, duque y señor de la ciudad de Medina de Rioseco, caballero mayor de S. M., gentil hombre de cámara y de su consejo de Estado, comendador mayor de Piedrabuena en la Orden de Alcántara; y de Isabel Leonor de Rojas y Enríquez natural de Granada.

Fueron sus abuelos: Juan Alfonso Enríquez y Cabrera, almirante de Castilla, nacido en Medina de Rioseco; y Luisa de Sandoval, de Madrid, hija de los duques de Lerma; y Luis de Rojas y Mariana de Mexía, naturales ambos de Granada.

Y sus bisabuelos: Luis Enríquez, almirante de Castilla y Victoria Colona.

El comendador de Eljas, don Melchor, como asimismo sus hermanos, Juan, Gaspar y Baltasar—todos los cuales vistieron el hábito de Santiago en 1677—, eran hijos naturales de Juan Gaspar Enríquez, casado con Gloria de Toledo; pero tuvo dichos hijos de Isabel Leonor de Rojas y Enríquez, siendo ésta soltera.

Consejo de Estado, con la obligación de asignar diez ducados de pensión útiles a su hermana D.^a Rosalea Enríquez; a cuyo fin se extendieron los oportunos despachos en Madrid, con fecha 10 de septiembre de 1685.

Durante el período de tiempo comprendido entre 1680 y 1685, tuvieron en arrendamiento los bienes de la *encomienda*, *Diego Andrés* y el *Lic. Martín Alonso*, presbítero, vecinos de Eljas y San Martín de Trevejo, respectivamente. A estos efectos, los contratos correspondientes se extendían el día de San Miguel y tenían validez durante todo el año siguiente, hasta igual fecha.

Debido a la irregularidad en el cobro de las rentas, y también posiblemente a las necesidades económicas de la Corona, en 1706 ordenó el Rey se embargase la referida *encomienda*, cuyos beneficios percibía, como hemos indicado, Melchor Enríquez y Cabrera, marqués de Villabrágima; pero vistos los méritos contraídos por *Jerónimo Vadillo*, brigadier subalterno de Cádiz, por disposición real de 5 de junio de 1708, se le concedió a este militar el disfrute

Sobradamente conocido el linaje de los Enríquez, cuyos miembros desempeñaron durante siglos el destacado empleo de almirante de Castilla, hemos de reconocer que también eran hidalgos y nobles los Rojas de Granada, familia a la que pertenecía doña Leonor, manceba durante tantos años del referido Juan Gaspar.

Entre otros ilustres y linajudos familiares de doña Isabel Leonor, citaremos los siguientes, cuyos servicios dieron gloria y prestigio a los Rojas granadinos:

Diego y Fernando Augusto de Rojas, caballeros de Santiago, hermanos, fueron sobrinos de Luis de Rojas, por ser nieto de Fernando de Rojas, primo hermano de aquél.

La hidalguía de los Rojas granadinos era tan uotoria que Diego Díaz de Rojas y sus hijos Hernando Díaz de Rojas y Juan Enríquez de Rojas, abuelo este último de doña Isabel Leonor, por acuerdo de la Real Chancillería, tenían derecho a la merced de «subir a estrados».

Diego de Omonte y Robledo, del Orden de Santiago y familiar del Santo Oficio, Melchor de Omonte y Robledo, del Orden de Calatrava, hermano del anterior, y Luis de Moscoso y Córdoba, menino de la reina, eran primos segundos de doña Isabel Leonor, por ser nietos de Juana Enríquez de Rojas, hermana a su vez de Juan Enríquez de Rojas, abuelo de aquella señora.

Era también pariente de doña Isabel Leonor, Juan Fernando Dávila, caballero de Santiago.

Diego Mexía de Meota, padre de María Mexía, ganó ejecutoria de nobleza.

Y Juan Romero de Meota, caballero de Santiago, familiar del Santo Oficio y Veinticuafro de la ciudad de Granada, era sobrino de la dicha Mariana de Mexía.

de rentas y otros beneficios, sin obligación de depositar la fianza que preceptuaba las Definiciones de la Orden. Se ratificó esta donación por disposición regia el 20 de febrero de 1709 a favor del ilustre brigadier, hasta que a los dos años, en 1711, S. M. expidió nuevo título de administrador a favor de *D. Manuel de Arce*, caballero profeso de la Orden de Alcántara.

Las rentas de la *encomienda* de Eljas a principios del siglo XVIII, en 1709 concretamente, alcanzaba la cifra de 577D070 mrs. de vellón, incluidas cargas; y rebajadas las reales y ordinarias que le estaban repartidas en cada año, restaba un beneficio líquido de 260D227 mrs.

Debido quizá al aumento de los fondos del erario público y al mejoramiento de la situación en general, el 10 de marzo de 1726 resolvió el Rey desembargar las *encomiendas* secuestradas; y, como consecuencia, volvió la de Eljas a poder de *D. Melchor Enríquez*—pero ya con título de comendador—, quien disfrutó de ella hasta 1734, año de su fallecimiento, acaecido en Viena el 26 de enero. Fué enterrado dicho caballero en la iglesia de San Esteban de aquella capital, según referencia de la Secretaría del Consejo de Ordenes fechada el 20 de marzo del expresado año.

Le sucedió en el cargo *D. Joaquín de Aranda y Hurtado de Amezaga*¹², caballero de Alcántara, mariscal de campo, gobernador y capitán general de la provincia de Cartagena de Indias, a quien S. M. otorgó tan señalado favor con fecha 10 de noviembre de 1736; pero falleció en 1742 y se encargó de la administración doña María Teresa Rojano, su esposa, como madre, tutora y curadora de sus hijos Francisco y Josefa, menores de edad.

Durante aquel tiempo, y en nombre de la dicha D.^a Teresa, la administraba *D. Diego Godínez de Paz*, vecino de Cilleros, y la tenía arrendada Martín Vázquez Rodríguez, natural y vecino de la misma villa.

En enero de 1747, aunque no había hecho todavía el depósito de la correspondiente fianza, fué nombrado administrador de la *encomienda* de Eljas el caballero novicio *D. Francisco Aranda y Rojano*, con la ineludible obligación de entregarr la tercera parte

¹² Véase en el apéndice II, algunos datos biográficos relativos al comendador don Joaquín de Aranda y a otros miembros de su linaje.

de las rentas a su mencionada hermana D.^a Josefa; y tomó posesión del cargo el 8 de marzo de 1748.

Tres años más tarde, cuando era ya D. Francisco ¹³ capitán del regimiento de Dragones de Lusitania, se puso al corriente de sus obligaciones con la Orden, y recibió de S. M. título de comendador con fecha 11 de julio de 1751.

Estuvo al frente de la referida *encomienda* hasta 1.º de julio de 1773, ya que entonces el rey hizo donación de la misma a *don Pedro de Silva y Sarmiento*, coronel del regimiento de infantería de Africa, con la obligación de reservar la tercera parte de los beneficios para abonar la pensión que desde 1748 venía percibiendo, según se ha hecho constar, D.^a Josefa de Aranda, hermana del anterior comendador; y con la agravante además de tener que pagar la tercia del primer año y la mitad del segundo.

Este caballero freire fué el último comendador de Eljas, y su mandato se prolongó hasta 1808, año de su fallecimiento ¹⁴. Entonces, dada la oportunidad de tal vacante y a fin de que la Orden de Calatrava pudiera allegar algunos recursos para resarcirse de los muchos trastornos y daños causados por los invasores franceses durante nuestra guerra de la Independencia, el Rey Fernando VII dispuso, con fecha 7 de febrero de 1816, que la *encomienda* de Eljas pase a depender del sacro convento de Calatrava, con todos sus miembros, bienes, rentas, diezmos y preeminencias ¹⁵; de cuyo hecho histórico y trascendental nos ocuparemos detenidamente en páginas sucesivas.

II

CONQUISTA DE LA VILLA Y CASTILLO DE ELJAS POR LOS PORTUGUESES

En el año 1950 tuvimos la suerte de localizar, en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, gran cantidad de cartas,

¹³ Apéndice III.

¹⁴ Apéndice IV.

¹⁵ A. H. N.: *Encomienda de Eljas*, en la Orden de Alcántara, leg. 4449.

partes de guerra, papeles recogidos a enlaces o espías, relaciones de episodios bélicos y otros diversos documentos inéditos, con cuyo material preparamos nuestro libro, publicado en 1952 y que lleva por título *Escaramuzas en la frontera cacereña con ocasión de las guerras por la independencia de Portugal* ¹⁶. En este trabajo histórico narrábamos con bastante detalle la ocupación de la villa y castillo de Eljas por el ejército portugués, durante la llamada *Guerra de Sucesión* del país vecino; pero con posterioridad a la indicada fecha, la fortuna continuó siéndonos propicia y pudimos traducir y consultar un curioso libro publicado en Lisboa en 1644, del que es autor el Dr. J. Salgado de Araujo, abad de Pera, intitulado *Sucessos das armas portuguesas em suas fronteiras depois da Real aclamação contra Castela* ¹⁷, cuyo contenido se nos antojó de tan singular interés, que decidimos preparar una más amplia y detallada referencia de la ocupación de Eljas por las tropas lusas que la que habíamos publicado en nuestras ya mentadas *Escaramuzas*; porque, efectivamente, la narración de hechos bélicos acaecidos en aquel tiempo, de los cuales fué testigo el abad de Pera, nos ha resultado utilísima por la abundancia de datos y porque precisa exactamente cuántos y quiénes fueron los jefes y oficiales portugueses que tomaron parte activa y directa en aquellos acontecimientos.

Las referencias del mencionado abad, completadas por nosotros, nos ha permitido conocer con todo detalle las más importantes incursiones y escaramuzas de los portugueses llevadas a cabo por la margen del Eljas y en torno a las villas y lugares de sus cercanías, como podremos comprobar en las páginas siguientes:

Durante la Cuaresma del año 1642, los habitantes de San Martín de Trevejo, Eljas y Valverde, cruzaron la frontera de España y Portugal y penetraron en este último país hasta legua y media de la villa de Alfayates. Recorrieron una amplia zona, apoderándose del ganado, y regresaron al punto de partida antes de que los portugueses se pusieran sobre aviso e intentaran cortarles la retirada.

Era a la sazón jefe supremo de todas las fuerzas en la provin-

¹⁶ *Escaramuzas en la frontera cacereña con ocasión de las guerras por la independencia de Portugal*, por G. Velo y Nieto. (Madrid, 1952.)

¹⁷ Se conserva un ejemplar en nuestra B. N., de Madrid.

cia de la Beira y franja fronteriza con Salamanca y Cáceres el general Francisco Téllez de Meneses; y al tener noticias de la incurción de los extremeños, mandó llamar al capitán Braz García de Mascareñas, gobernador de la plaza de Alfayates, para que lo informara del resultado de las gestiones y pesquisas que había realizado en tiempos de su antecesor, Alvaro de Abrantes, conducentes a conocer el estado de las defensas de nuestras villas y lugares enclavados junto a la frontera, por aquella parte, y de los recursos de que podíamos disponer en caso de ataque.

El ínclito Braz García puso al corriente al general de todo cuanto podía interesar a sus futuros planes, ya que, valiéndose de enlaces y espías pagados, recibía todas las semanas las novedades del campo enemigo y conocía al detalle las fuerzas combatientes, las reservas, municiones y pertrechos de que disponíamos. Hasta los planos de nuestras plazas fortificadas, como el del castillo de Eljas, llegaron a su poder.

Mascareñas era un esclarecido espadachín que al regresar del extranjero, donde pasó la mayor parte de su vida aventurera, había ofrecido su brazo y su espada al rey de Portugal, Juan IV ¹⁸.

Una vez informado el general Téllez del estado de cosas de la comarca y de cuanto interesaba a sus propósitos, ordenó que el referido Gobernador regresara a Alfayates; y a los pocos días, decidido a emplear las armas, le mandó recado diciendo que «hia fazer noite na quella sua plaça» y que procediera a prepararlo todo conforme a las instrucciones que le enviaba.

El gobernador Braz, en cumplimiento de las órdenes recibidas, procedió con toda celeridad y con los recursos disponibles a levantar atalayas y a acondicionar otros puntos de apoyo en toda la frontera. Realizó este cometido con tal sigilo y habilidad, que que no se apercibieron los nuestros de lo que tramaban y hacían, a pesar de que, durante unos días, no dejaron de afluir a la plaza de Alfayates gentes de armas procedentes de las villas y poblados portugueses del contorno.

En la fecha prevista acudió también a la mencionada plaza, que habían elegido como residencia del cuartel general, el propio

¹⁸ Páginas 16 y 17 y notas de la cit. op. *Escaramuzas...*

Téllez de Meneses; y entretanto, el maestre de campo Sancho Manuel, con su compañía—mandada por un alférez—, y las de Manuel Teseira de Macedo y Nuño da Cunha de Ataíde, reforzadas con gente de otras unidades, se encontraron en el lugar de La Nave, donde se incorporaron asimismo Antonio de Saldanha y Damián Botello con hasta trescientos infantes, entre los que figuraban, *en calidad de aventureros*, el sargento mayor Pedro da Vide y los oficiales Juan de Melo, Manuel Feo de Melo, Bernardo Ferreira de Sousa y Juan Correa de Sousa.

Una vez reunidos todos, el General organizó en Alfayates un respetable ejército, integrado por la mayor parte de la infantería disponible y ciento cincuenta jinetes, poniendo al frente a un teniente general. Figuraban también en el mismo Lorenzo de Sousa, capitán de la guardia de S. M., que hacía siempre lo posible para tomar parte en todas las empresas, dando pruebas de valor; Alfonso Hurtado de Mendoza, alcalde mayor de Covillán y otras personas de relieve y calidad, naturales la mayor parte de dicha provincia de la Beira. La caballería estaba formada por las compañías del teniente general Juan de Saldanha de Sousa, Cristóbal de São de Mendoza, Diego de Tovar y por el regimiento francés del coronel Mahe.

Una vez todo preparado y dispuesto en la forma que se indica, al día siguiente, que era la *tercera feira* de Semana Santa, partió el maestre de campo, Sancho Manuel, para Alfayates a recibir órdenes del General y saber en concreto qué era lo que se debía hacer.

Llamóse a Consejo para trazar el plan de la campaña y se reunieron en el despacho de Téllez: el Maestre de campo, el Teniente general, el Coronel francés y el Gobernador de Alfayates, siendo, en principio, el parecer de la mayoría que debían dividirse en tres grupos las fuerzas disponibles y efectuar otras tantas entradas por tierras de Castilla, marchando una fracción del Ejército sobre Eljas y, al mismo tiempo, las otras dos sobre Payo y Alberguería, ya que estos lugares y sus fortalezas estaban muy descuidados y con escasa guarnición ¹⁹. Mas no llegaron a ponerse de

¹⁹ Todavía se conservan restos muy apreciables de las fortificaciones en el lugar de El Payo.

acuerdo y se propuso entonces que el General fuera a San Martín, utilizando el puerto de Santa Clara, mientras Sancho Manuel se aventuraba hasta el castillo de Trevejo, y el esforzado Mascareñas caía sobre Eljas. Como no era partidario de este plan el Maestre, pidió autorización para intentar con sus hombres el asalto a la villa y castillo de Eljas, a cuya propuesta accedió el General, en armonía con el criterio de Mahe, que se esforzaba para impedir el fraccionamiento de las tropas.

Ya hemos visto que la fortaleza de Eljas está en las estribaciones de la sierra de Jálama, ocupando lugar estratégico que dista tres leguas de Alfayates y otras tres, aproximadamente, de Peñamacor ²⁰, resultando de la unión de estos puntos un triángulo casi perfecto; que el recinto es de forma casi cuadrada y su fábrica *al modo de las antiguas construcciones*; que asienta sobre una eminencia fragosa, a cuyo pie está la villa con doscientos moradores, y, finalmente, que es lugar bien abastecido y vecino de dos pueblos de regular importancia, a saber: Valverde del Fresno y San Martín de Trevejo, formando con ellos una comarca fértil, amena y pródiga en productos del campo, lo mismo que el resto de la pintoresca y estratégica Sierra de Gata; si bien es justo reconocer que el término de la villa de Eljas es el más áspero, improductivo e inaccesible y no resulta fácil ni cómodo el arribo, partiendo de Portugal; por lo que hubo de hacerse la acometida merced a un rodeo, como veremos en las páginas siguientes.

Entre tanto regresaron a Alfayates los espías y prácticos que marcharan días antes para reconocer el terreno enemigo, y dijeron «que en Eljas no había más que cuatro hombres y algún rebaño de cabras», por lo que interesaba no perder tiempo y aprovechar lo propicio de las circunstancias. Y a tal propósito se acordó que el maestre Sancho Manuel, con su gente, tomase el camino más

²⁰ «Cuatro kilómetros al nordeste de Monsanto y muy cerca del Torto, arroyo fronterizo, se alza la villa de Peñamacor, sobre roca viva y empinada. De origen árabe, o tal vez romano, el mentado D. Gualdín de Paes lo reedificó, ampliando sus fuertes muros y construyendo la torre del homenaje. Años más tarde hizo también importantes reformas en ella el rey D. Sancho II; y el veleidoso D. Dionís, en 1300, completó y aumentó las defensas de las murallas con torres y barbacana. Tiene por blasón una espada y una llave.» - De nuestra ya men. op. *Escaramuzas...*, página 16.

corto y menos frecuentado, un atajo penoso por lo áspero y accidentado, mientras el General se encaminaba a Valverde para someter a sus habitantes a la obediencia del Rey portugués; y, dispuesto a conseguirlo, dividió las fuerzas en tres grupos, poniendo uno de ellos bajo el mando de Melchor Lobato da Costa, otro a cargo de Alfonso Hurtado de Mendoza y el tercero bajo las órdenes del sargento mayor, Lorenzo da Costa Mimoso. Marchaba en vanguardia Juan de Saldanha al frente de ciento cincuenta jinetes, seguido de los hombres de Lobato y Hurtado, y a retaguardia, el referido sargento da Costa.

Guiado por el capitán Diego de Fonseca Coutinho llegó el General a Valverde, que contaba a la sazón cuatrocientos vecinos; y en seguida dispuso que lo cercara la infantería y caballos del grupo que mandaba Lobato, completándose el cerco con el resto del cuerpo de ejército.

Rápidamente los vecinos del lugar se aprestaron a la defensa, en tanto que el caudillo portugués los invitaba a darse en vasallaje al monarca lusitano, asegurándoles que si lo hacían así no recibirían daño alguno; pero lejos de atender las advertencias y requerimientos del enemigo, los valverdeños, armados de arcabuces y cuantos artefactos de alguna utilidad para la lucha encontraron a mano, salieron a rechazar a los invasores, batiéndose con gran denuedo y coraje; mas su esfuerzo resultó inútil y hubieron de sucumbir finalmente ante la superioridad numérica y calidad de armas de los contrarios, quienes los arrollaron materialmente.

Los portugueses penetraron en el lugar y lo saquearon y destruyeron en parte, sin dar cuartel a sus moradores, pues «ouve soldados tam indómitos que entrarão e matarão perssonas que achavão em suas casas sem defensão». Se llevaron cuanto de valor había, sobre todo «ricos lienzos, ropas de todas clases y víveres abundantes; tocino, aceite y vino, más trecientas fanegas de trigo que encontraron en el Pósito, ascendiendo el producto de la rapiña a mil seiscientos ducados aproximadamente. Cargaron todo este botín en varias caballerías y enviaron la recua a Portugal».

Rendidos al fin y sometidos al yugo del rebelde los habitantes de Valverde, se les obligó, con buenas palabras y promesas de todo género, a firmar un documento de entrega del lugar, que fué

extendido por un escribano de la localidad; y acto seguido, el exaltado Juan de Saldanha, con gesto osco y fantasioso, mandó abolir cuantos símbolos de nuestra monarquía fueron habidos y «levantó banderas y varas de justicia por el nuevo Rey de Portugal», el muy noble Sr. Juan IV, de la casa de Braganza. Se aclamó de manera estrepitosa a este soberano y se comprometieron los vecinos «a sustentar el presidio del castillo de Eljas» que, como veremos a continuación, ya había sido rendido por el Maestre de campo.

Después Saldanha mandó demoler las fortificaciones y trincheras, como si la conquista del lugar fuera definitiva, alardeando de caudillo experto y previsor, sin reparar en que el semblante amable y risueño de los vecinos del lugar era la máscara que ocultaba sus verdaderos sentimientos, la ira y coraje contenidos a duras penas en sus corazones.

A pesar de la cordialidad y conformidad aparente por el estado de cosas, el General, más perspicaz y positivo, por si los de Valverde no cumplían lo estipulado en el contrato, dispuso quedaran en calidad de rehenes treinta personas de las más prestigiosas y principales de la localidad.

Mientras se desarrollan estos acontecimientos en Valverde, el experto y batallador Sancho Manuel, que quedara en Nave de Sabugal cuando partió de Alfayates el General, había conseguido llegar antes al castillo de Eljas que este último al referido pueblo.

Comenzó a marchar a las cinco de la mañana, después de haber invertido la mayor parte de la *cuarta feira* en repartir municiones a su gente y en reconocer personalmente las armas para cerciorarse si podían ser empleadas con provecho en los combates, viendo si las balas ajustaban perfectamente en las bocas de los mosquetes—detalle que si de antemano no se tenía en cuenta, podría acarrear una calamidad—, y preparando todo lo necesario y conveniente para la empresa que le había sido encomendada.

Procedió después a dirigirles la palabra y, con frases veladas por la emoción y saturadas de amor patriótico, los exhortó y pre-dispuso para el combate, haciéndoles ver la importancia de la operación bélica que iban a emprender en pro de la justa y sagrada causa a que debían darse por entero sin regatear sacrificios.

Teniéndolo ya todo preparado, se puso en movimiento el cuerpo de ejército, marchando en vanguardia un escuadrón, guiado por el espía y práctico Manuel Teseira de Macedo, alférez del Maestre de campo, que portaba una colosal barra de hierro para forzar puertas y vencer otros obstáculos, y con la orden expresa de que si eran sentidos al llegar a Eljas no desistieran de sus propósitos, sino que por el contrario, se acercaran a los muros de la villa y, a voces, dieran a entender a los de dentro que eran castellanos que habían merodeado por el contorno dedicados al pillaje y que portaban magnífico botín.

Acompañaban también a este grupo de vanguardia, Francisco Ribeiro, soldado práctico, natural de Brasil, sargento ayudante de Sancho Manuel; un alférez de la compañía de Manuel de Avelar Sarmiento; Alfonso de Lucena, alférez de la unidad que mandaba Damián Botello, y el capitán del tercio. Gente toda decidida y valiente con orden expresa de que «arrobarem as postas do castelo».

Seguíánlos de cerca el capitán Antonio Saldanha con veinticinco arcabuceros escogidos, entrenados y con el ánimo dispuesto para prestar ayuda a los que marchaban en primera línea.

A continuación iban los demás oficiales de infantería con su escuadrón, y el capitán Manuel Feo de Melo, que marchaba en el centro de todas las fuerzas al mando de varios jinetes.

Avanzaban de noche con el mayor orden y sigilo posible; cruzaron Nave Molhada, altiplanicie de las estribaciones de sierra de Jálama, muy áspera y accidentada, caminando entre tinieblas, a través de la espesura, con tales dificultades que para no perder el contacto y cumplir su propósito hubieron de formar cadena los soldados, cogidos de la mano y guiados por los prácticos de la comarca, ya que de otra manera no les era posible alcanzar su objetivo.

Vencidas todas las dificultades, y cuando aún no había empezado a amanecer, llegaron a los alrededores de Eljas; y en aquel preciso momento el Maestre de campo se hizo cargo de las fuerzas de vanguardia y mandó hacer alto.

Pasó algún tiempo sin que acabaran de incorporarse las unidades de retaguardia que habían quedado dispersas por aquel laberinto montuoso, teniendo necesidad de salir en su busca uno de

los guías, quien consiguió al fin localizar a los que, desorientados, pugnaban entre la maleza para conseguir abrirse paso y unirse al grueso de la expedición.

Concentrada al fin toda la tropa después de trabajoso caminar, Sancho Manuel, que ya había ordenado apagar las mechas que utilizaron durante el trayecto, ordenó «cuerpo a tierra» en un olivar cercano a la villa para no ser sentidos por los que guarnecían el fuerte y vigilaban desde sus almenas.

Acto seguido dispuso que saliera un grupo seleccionado de aventureros, hombres todos avezados y duchos en estas lides, a quienes encomendó echar por tierra las puertas del castillo, llevando al frente a un alférez que hablaba nuestra lengua para que antes de proceder por la fuerza pidiese a los que defendían la plaza que les abriesen, intentando hacerles creer que eran castellanos y portaban una magnífica presa de tierras de Portugal.

Al llegar los lusos a las primeras casas del lugar, empezó a ladrar un perro de ganado y el escándalo que formó despertó a los pastores; pero, al darse cuenta de lo que se les venía encima, se estuvieron quietos y permanecieron callados con la consiguiente dosis de miedo.

Penetraron los portugueses por la puerta de la barbacana, que estaba sin guarnición ni vigilancia, y al comprobar este detalle, avisaron al maestre Sancho Manuel, quien se apresuró a enviar gente de tropa y a algunos de sus oficiales con órdenes precisas para que cercaran la villa y el fuerte, a fin de impedir la llegada de socorro, en tanto se procedía al asalto.

Hallóse la puerta principal de la plaza en las mejores condiciones de seguridad, recubierta de fuerte chapa de hierro que hacía imposible derribarla; pero a pesar de este inconveniente, Alfonso de Lucena, ayudado por uno de los muchachos, consiguió meter la punta de la palanqueta en una hendidura de la puerta, y haciendo presión consiguió saltar una bisagra; mas no pudo quebrar las otras y su empeño quedó frustrado porque lo impedía, además, una viga de regular tamaño; la clásica *tranca* que sujetaba por detrás.

Este contratiempo enfureció a los portugueses y les hizo perder el control de sus nervios, procediendo ya sin reparo a golpear la puerta, decididos a romperla y a hacer saltar el travesaño; pero

con sus golpes no consiguieron más que alborotar y poner sobre aviso a los defensores de la fortaleza, quienes al instante dieron el toque de alarma y pusieron en movimiento a todo el vecindario. Animó el Maestre portugués a los suyos para que continuaran forcejeando, ya que la situación se complicaba y se veían precisados a repeler con descarga de mosquetería la agresión de los defensores de Eljas, quienes, al darse cuenta del peligro, desde las ventanas del castillo arrojaban piedras y toda clase de artefactos sobre los que pugnaban por penetrar en el recinto amurallado.

Mientras tanto, un pequeño número de soldados lusos empezó a recorrer toda la muralla dando vueltas a su alrededor; y la fortuna les fué propicia porque descubrieron una de las entradas que por carecer de puerta habían intentado tapiar con piedras sin argamasa, pero que todavía no habían logrado cerrar. Por el portillo que quedaba abierto pasaron Cristóbal de Matos, Pedro de Fonseca y Juan Monteiro Barriga, soldados de la compañía de Botello; el espía Juan Duque y el alférez Antonio de Vide, los que, ayudados por algunos arcabuceros, echaron al suelo gran parte de las piedras y dejaron libre el paso.

Pedro de Fonseca y Cristóbal de Matos eran hijos de Gaspar Saravia de Matos, natural de Villacova, junto a Meijaofrío; con ellos estaban en la misma compañía otros dos hermanos, y en alguna ocasión estuvo su mismo padre, sirviendo todos a la causa del Braganza con gran entusiasmo; y resultaba, pues, que el tal Saravia y sus hijos, como estaban todos en la misma compañía, completaban una fila en las formaciones.

Dando ejemplo de valor e intrépidez, subió Cristóbal a la muralla, donde pudo morir por disparos de sus mismos compañeros al confundirlo con un enemigo; y al mismo tiempo su hermano Pedro y otro soldado consiguieron levantar la tranca de la puerta, permitiendo así que pasara el grupo de portugueses que venían forcejeando para irrumpir en el recinto. Entre el revoltijo, que se precipitó arrollador, iba Alfonso de Lucena portador de una bandera que desplegó seguidamente y, enarbolándola, la colocó sobre la almena más alta.

Los defensores del fuerte se refugiaron más al interior protegidos por otra puerta chapeada; y entre tanto, los cuatro hermanos Matos y otros varios de sus compañeros golpearon tan fuertemente

el portalón principal que hicieron saltar los remaches y quedó así el camino libre para que pudiera pasar toda la infantería.

Ante lo crítico de la situación, los valerosos guardianes de la fortaleza—que eran ocho en total: siete soldados y un alférez—se retiraron a la torre del homenaje y se dispusieron a resistir en espera del rumbo que tomaran los acontecimientos y con la esperanza de que al tener noticias de lo que sucedía, los pueblos comarcanos acudirían con fuerzas de socorro; pero viendo que no llegaban, pidieron parlamentar con el enemigo, y después de muchas promesas y algunas concesiones, que nunca llegaron, terminaron los nuestros rindiéndose y entregando la plaza.

Justo es reconocer que los rebeldes, ateniéndose a lo ordenado por su General, se abstuvieron de dismantelar el castillo y de producir otra clase de daños o agravios, limitando de momento sus pretensiones a que los vecinos de Eljas se redujeran a la obediencia del Rey de Portugal.

En seguida llegó a Valverde la noticia de lo que pasaba en Eljas, porque el cura de esta villa, acompañado de varios vecinos, después de rendir vasallaje a Sancho Manuel, se acercó a aquel lugar para presentarse al General. A continuación, el Maestre de campo envió al alférez Manuel Andrade de Macedo para que comunicara a su jefe la rendición de Eljas; pero al emprender la marcha supo que ya se acercaba Téllez con el cuerpo de ejército que sacara de Alfayates.

Faltó tiempo al Maestre para salir a su encuentro, a pie y solo, cuando aún se hallaba aquél a media legua de la villa; pero ante el temor de una sorpresa, el sargento mayor Pedro de Vide se apresuró a enviar un grupo de cincuenta mosqueteros para que le dieran escolta.

Puesto al corriente Téllez de Meneses de todo lo ocurrido, llegó ante los muros del castillo y allí recibió homenaje del alcaide, alcaldes y personas principales, quienes se comprometieron en nombre del resto del vecindario, a reconocer por Rey al que ya lo era de Portugal, Juan IV, rindiendo vasallaje perpetuamente a él y a sus sucesores. Entonces, vista la buena disposición, quiso el General dejar allí de guarnición a un capitán y doscientos soldados, número suficiente según su modo de interpretar los acontecimientos. Mas pronto le hicieron ver sus subordinados que tal

solución podría resultar peligrosa, porque era de esperar que la sumisión de los rendidos no fuera más que aparente, motivada por el miedo y las circunstancias, suponiéndose que faltarían a su palabra en la primera ocasión que se les presentara, dada la psicología de aquella gente y su temperamento belicoso; y por tratarse, además, de una posición de reconocido valor estratégico, perteneciente a una comarca de fanáticos y valerosos guerrilleros que se sublevarían, sin género de duda, apenas vislumbraran la primera posibilidad de recibir refuerzos.

Comprendiólo así el caudillo portugués y llegó a la conclusión de que conservar la villa y castillo de Eljas, lugar abierto, estratégicamente situado y con gente levantisca, resultaba una penosa carga y sólo gastos y trastornos podría proporcionar; y pensó que lo más conveniente sería levantar fortificaciones en Valverde y mantener esta plaza con un escogido grupo de valientes gastadores, procediendo, en cambio, al saqueo y destrucción de Eljas en justo castigo a las correrías y daños que habían causado en tierras de Portugal. Pero aunque discurría así, no se decidió a abandonar dicha posición y dejó en ella al Maestre de campo, ya que tal era su deseo, con trescientos hombres y muchos mantenimientos: cien carneros, cien cabritos y otras vituallas; cuatrocientas fanegas de trigo y ciento cincuenta de cebada, que sacaron de la Casa-Pósito. E improvisaron inmediatamente en el interior de la fortaleza dos molinos de mano para conseguir harina y dos hornos para poder cocer pan, encargando de estos menesteres a cuatro mujeres que habían hecho prisioneras en Valverde, trayéndolas consigo.

En el mismo día, *cuarta feira* de Semana Santa, regresó Téllez a Peñamacor con el grueso de las tropas. Y por cierto que resultó penosa e inolvidable la jornada porque era de noche y caía una lluvia torrencial, viéndose precisado a hacer alto en un lugar inhospitalario y desierto donde él, sentado sobre la caja de un tambor, y sus soldados, recibieron sobre las espaldas el terrible aguacero, agravando su situación un frío intensísimo que los acobardaba y hacía desfallecer.

* * *

Gran consternación y contrariedad causó a los habitantes de

aquellos pueblos comarcanos la pérdida de la villa fortificada de Eljas, excelente atalaya y punto avanzado muy útil a los intereses de Castilla en relación con posibles y futuras operaciones.

Del hecho se dió cuenta a Juan de Garay, gobernador de Badajoz, y al duque de Alba, que desde noviembre del año anterior (1641) desempeñaba el cargo de Capitán general en la frontera con Portugal y había fijado su residencia en Ciudad Rodrigo. Este último se apresuró a enviar tropas de refresco, exclusivamente del arma de caballería, bajo el mando de uno de sus Maestres de campo, con la misión de recorrer las villas y lugares de Sierra de Gata y adentrarse en Portugal para tantear las defensas por aquella frontera.

A las fuerzas que partieron de Ciudad Rodrigo se unió mucha gente de toda la región gateña, elevándose la cifra a dos mil hombres, voluntarios en su mayoría, que acudieron presurosos para cercar y combatir a los portugueses que habían osado apoderarse de Eljas y su castillo.

También Juan de Garay preparó refuerzos, que se incrementaron con gente procedente de Alcántara, Zarza, Ceclavín y Cilleiros especialmente, y que a través de estos lugares fueron a cooperar con los que ya se esforzaban por arrebatar su presa a los portugueses.

Los socorros que entregó Garay a su maestro de campo, Guillermo de Burgo, formaban cinco compañías de caballos, mandadas por Gabriel de Saavedra, Juan de Santos, Juan de Carvajal y Sande, Guillermo de Vera y un teniente que iba al frente de la compañía del gobernador de Badajoz.

En Alcántara se les incorporó, con su compañía de corazas, el capitán Francisco de Albierto; y al llegar a Zarza dispuso Guillermo de Burgo que Felipe de Villarte, capitán de la compañía de naturales, de guarnición en dicha villa, eligiera sesenta o setenta de sus mejores soldados y los incorporara a sus fuerzas, que en lo sucesivo deberían ir acaudilladas por el alférez zarceño Benito González.

Todo este ejército de socorro continuó marchando hasta Cilleiros, y estando en este pueblo dispuso el maestro Burgo que un grupo volante, capitaneado por Villarte, saliera de descubierta en evitación de alguna sorpresa desagradable.

Al día siguiente, el dicho Maestre recibió un aviso apremiante para que acudiera en auxilio de Villamiel, porque los vecinos de este pueblo temían ser atacados en cualquier momento por parte de las fuerzas del enemigo portugués, que avanzaba sobre la plaza de San Martín. Mas el Maestre no se decidió a sacar las fuerzas aquella noche porque estaban muy cansadas después de dos días de fatigosa marcha; y para inspeccionar el teatro de las futuras operaciones, partió él y dejó dispuesto que a la mañana siguiente se encaminaran todos a Villamiel. Al llegar a dicho pueblo se sirvió un rancho abundante, y después de disponerlo todo, se dirigieron a San Martín de Trevejo, que era el objetivo que perseguían ya por entonces los rebeldes, al tener en su poder la plaza de Eljas.

Tenía el gobierno de las armas, en San Martín, el maestre de campo Nicolás de Arnalte por disposición del duque de Alba; y cuando se acercó Guillermo de Burgo con su ejército, se temía la llegada inminente de los lusos que, a marcha forzada, avanzaban hacia dicho pueblo; y de completo acuerdo uno y otro jefe, lo dispusieron todo para la defensa y se prepararon para esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Veamos lo que, entre tanto, había sucedido en Eljas:

Apenas dió la vuelta hacia Portugal el general Téllez y desapareció de los alrededores de Eljas, consideraron los castellanos papel mojado los pactos y compromisos y se alzaron contra los que ocupaban el castillo. Empezaron a acudir combatientes de los pueblos circundantes y, unidos a los más voluntariosos de dicha villa, formaron un grupo de gente atrevida y valiente, dispuestos a dar jaque a los intrusos que detentaban la fortaleza; y después de trazar y estudiar un adecuado plan, decidieron ocupar los derruidos muros de un viejo fortín, posición que les ofrecía toda clase de ventajas por estar enclavado en la parte alta de la sierra, dominando en parte a la villa.

Al tener noticias de ello Sancho Manuel, mandó llamar a las autoridades de la localidad y las amonestó severamente, afeándoles su conducta e incumplimiento de la fidelidad que habían prometido al soberano de Portugal, advirtiéndoles que en lo sucesivo serían tratados con todo rigor; y para prevenirse contra cualquier contratiempo, los obligó a facilitar nuevos mantenimientos, dicién-

doles que si no los proveían serían saqueadas todas las casas y arrasada la villa, sin esperar más tiempo.

Al indicado fin, el siguiente día, Viernes Santo de dicho año 1642, salieron del castillo cien infantes portugueses y recorrieron los domicilios de los vecinos más acomodados, haciendo buen acopio de pan, harina, trigo, carne, vino y aceite, mientras otro grupo se dedicó a acarrear agua en cantidad suficiente para llenar la cisterna, y un tercero, integrado también por cien hombres, almacenó buena cantidad de leña. Todo ello con tal orden y diligencia, que en veinticuatro horas consiguieron abastecerse para poder resistir ocho meses por lo menos.

También se apoderaron e introdujeron dentro del fuerte, forja y diversos útiles de herrero y carpintería, en previsión de que pudiera hacerles falta.

Fué un gran acierto el celo que desplegaron, pues aquella misma noche empezaron a acudir refuerzos de Coria, Moraleja y pueblos de Sierra de Gata, aumentando considerablemente el grupo que se había atrincherado entre los muros del fortín, desde cuyo puesto hostigaban constantemente a los portugueses. Y dispuestos a desalojarlos del castillo, acondicionaron debidamente a aquel reducto para establecer en él su base y punto de partida, llegando a abrir caminos entre la maleza para poder subir piezas de artillería y toda clase de pertrechos.

Estando así las cosas, los serranos hacían frecuentes salidas desde la posición que ocupaban y atacaban a los invasores con fuertes descargas de mosquetería, lo cual obligó a Sancho Manuel a ordenar que el sargento mayor, Francisco Riveiro, con sesenta de sus mejores hombres, cayera sobre la villa y prendiera fuego a las casas, entre tanto que otro grupo repelía a los que atacaban desde lo alto. Siendo el resultado de estas escaramuzas la pérdida de varios soldados de uno y otro bando, entre ellos, un valeroso y arrojado cabo de escuadra del capitán Antonio de Saldanha, que se había distinguido por su espíritu combativo.

Los portugueses, dispuestos a resistir a toda costa, se dedicaron durante el día y noche siguiente, que coincidía con el Sábado Santo, a improvisar puestos en el castillo; y al amanecer tenían varios bien acondicionados. Continuaron después fortificando la barbacana sin que lograra impedirlo el machaqueo constante de la

artillería, cuyos disparos se cruzaban desde el castillo al fortín y viceversa, por encima de los que, desafiando el peligro, se dedicaban a reparar los puntos débiles de la fortaleza.

Y como la situación se iba haciendo en extremo crítica y apurada, Sancho Manuel decidió avisar al General, enviando para ello al sargento de la compañía de Alonso de Tovar, Agustín Moreira, que era de mucho valor y bien dispuesto, con un mensaje escrito que escuetamente decía: «Fico abraços co inimigo, V. S. faça o que for servido». Pero quiso la fortuna que al regresar este emisario cayera en poder de un grupo de jinetes nuestros que vigilaban los alrededores y, aunque ofreció resistencia, fué herido, apresado y enviado después a la villa de San Martín.

Transcurrían los días, hasta nueve, y el socorro no llegaba porque el General se había dedicado a inspeccionar los demás servicios de su demarcación, y durante este tiempo no cesó el duelo artillero entre los bandos de ambas posiciones que pugnaban por el dominio de Eljas. En estas refriegas sucumbieron varios combatientes de las dos partes, entre los que figuraba el capitán portugués Juan Correa de Sousa, que halló la muerte por una imprudencia.

Estaba dicho oficial jugando a las cartas con otros compañeros en un departamento de la torre del homenaje, cuando se dió cuenta que uno de sus soldados, mosquete en mano, se dedicaba a cazar enemigos parapetado y protegido tras el marco de una ventana; y, sin reparar en el peligro, el referido Correa de Sousa, levantó un poco la cabeza, miró al campo y dijo a su subordinado: «Mira, allí hay un castellano; a ver si consigues hacer blanco». Y cuando tal decía, un mozalbete de la villa que observaba los movimientos de los que ocupaban la fortaleza desde su escondrijo en un olivar, al ver asomarse al capitán, disparó sobre él, con tal acierto que le dió en la cabeza y lo dejó sin vida.

Pasaban los días, y viendo que no regresaba el primer emisario que saliera con el mensaje para el General, decidió el Maestre portugués enviar otro, y eligieron para tal cometido a un hijo bastardo del capitán Botello, llamado Marcos, quien cumplió su misión con tal acierto y diligencia que a los pocos días estaba de vuelta con la respuesta.

En esta ocasión no se hizo esperar la llegada de Téllez, que

acudió en socorro de los suyos con un respetable ejército formado por la infantería y caballería de las compañías de Braz García de Mascareñas y Duarte de Miranda Enríquez, ascendiendo el número de soldados a dos mil, procedentes de las comarcas de Guarda, Covillán, Peñamacor y otros lugares; y para no ser obstaculizado en el camino, hizo algunos rodeos y entró en Castilla sin el menor contratiempo, guiado por el capitán Diego de Fonseca Coutinho.

Al llegar este ejército al término de Eljas, creyeron los del castillo que las que se aproximaban eran fuerzas de socorro para los castellanos, a juzgar por la dirección que traían, y sintieron grandes temores por el peligro que se les avecinaba, llegando incluso a protestar y producir alteración algunos de los hombres de Sancho Manuel; pero éste los animó y exhortó con palabras salidas de su corazón, haciéndoles ver la grave responsabilidad en que incurrían y la imprescindible necesidad de estar dispuestos a cumplir con su deber, caso de que la situación se complicara seriamente.

Para reanimar a sus hombres y salir de aquella incertidumbre, determinó el Maestre enviar una escuadra compuesta de los más arrojados y voluntariosos a fin de reconocer qué gente era la que se aproximaba a la villa. Estaba formado el pelotón de reconocimiento por Pedro de Betancor de Atongüía, alférez de Antonio de Saldanha; Juan Monteiro Barriga, Manuel M. da Costa, Valentín Rojo, Flamin Portal y Antonio da Vide, todos resueltos y valientes, quienes se descolgaron por la muralla, sujetos con unas cuerdas, mientras caía sobre ellos una granizada de balas y, dispersándose, emprendieron la huida por distintos caminos para unirse más tarde en un lugar convenido de antemano y llevar a cabo su delicada misión.

Pronto reconocieron los comisionados que era su General quien llegaba con fuerzas de refresco, y con la alegría consiguiente, se presentaron a él y lo informaron del estado de cosas. Incorporados al ejército que llegaba, emprendieron después la marcha, y al dar vista a la plaza el jefe portugués mandó hacer alto y dispuso que la compañía de Braz, capitaneada por un alférez, se adelantara hasta la puerta del castillo. Al acercarse, y a pesar del tiroteo y acoso del enemigo, salió del recinto Sancho

Manuel escoltado por cincuenta mosqueteros que mandaba el capitán Feo de Mello; y acompañado de Mateo de Lima de Abreu, caballero de la Orden de Cristo, se dirigió al General y celebró con él una entrevista en la que le puso al corriente de todo lo sucedido en el corto espacio de tiempo que habían estado separados.

Inmediatamente después de haber sido informado Téllez de cuanto acaecía, envió un mensaje al gobernador de Alfayates, al prestigioso Mascareñas, ordenándole pusiera a disposición del capitán Simón da Costa Feo ciento cincuenta soldados de infantería para que, con ellos, cayera al amanecer del siguiente día sobre el fortín de la sierra y lo tomara al asalto, por ser el refugio y punto de apoyo más importante del enemigo.

Llegó la orden a Alfayates, pero tardó en presentarse el capitán da Costa, y deseando dar cumplimiento cuanto antes a lo dispuesto por el General, se decidió el propio Braz a realizar el servicio al frente de sus hombres, dejando el gobierno de la plaza al coronel Diego Riveiro, que acaba de llegar con un grupo de gente de ordenanza. Se avisó a Eljas de lo que sucedía y de lo que proyectaba el Gobernador, al propio tiempo que se interesaba la debida autorización para realizar la empresa; y antes de que se recibiera la oportuna respuesta, se presentó el retrasado capitán protestando ante Mascareñas por sus determinaciones sin contar con él ni haber procurado enterarse de lo que pudiera haberle sucedido. Se discutió largo rato sobre el asunto, hasta que por fin da Costa Feo reclamó con energía el mando de la fuerza y al frente de ella partió con dirección al objetivo señalado por el mando.

Mas no fueron los hados propicios a este oficial en aquella empresa, porque como hubo de caminar de noche a través de caminos poco conocidos entre la espesura y fragosidad del terreno, dada la aspereza de algunos casquetes pelados de tierra donde abundan el canchal y los precipicios, tropezó su caballo y dió con él en tierra, quedando tan maltrecho que a consecuencia de las heridas que se causó se vió precisado a regresar a Alfayates y a dejar abandonada su gente en plena sierra.

Este lamentable contratiempo hizo comprender al Gobernador cuán imposible es al hombre prever sucesos inesperados y desgraciados, y sin pérdida de tiempo, hizo salir, para reemplazar en su puesto al capitán herido, a otro de su misma graduación, natu-

ral de Villaturpín, que partió deseoso de llevar a feliz término el proyectado ataque sobre el reduto de los adversarios.

Como consecuencia de aquellos repetidos fracasos, y a fin de desalojar definitivamente al enemigo de sus posiciones, tuvieron un cambio de impresiones Téllez y Sancho Manuel, resolviendo finalmente que el único procedimiento para llevar a feliz término el proyecto era organizar un grupo de choque que diera la cara, que avanzara a pecho descubierto sobre la posición del enemigo y, en alarde temerario, dando pruebas de valor, se apoderaran del fortín y aniquilaran a sus ocupantes.

Quiso encargarse el maestre Sancho Manuel en persona de esta arriesgada empresa, pero el General lo hizo desistir y regresar al castillo para volver a hacerse cargo del mando, que durante su ausencia había dejado en manos del sargento mayor Pedro da Vide.

Para penetrar en la plaza tuvo el Maestre que protegerse contra la lluvia ininterrumpida de balas que arrojaban los castellanos desde diversos puntos de los alrededores, donde se habían parapetado; y una vez dentro del recinto dispuso que se incorporaran a la compañía de Mascareñas doscientos infantes de la guarnición, divididos en dos grupos: el primero a cargo de Manuel Feo de Mello y el otro bajo las órdenes de determinado capitán, que no pudo asistir a la jornada por circunstancias imprevistas y fué reemplazado por su ayudante Simón Ferras de Faria, individuo con escasos méritos y que únicamente en momentos críticos como aquel podía desempeñar misión de tanta responsabilidad.

Estando ya esta fuerza preparada y a punto para emprender la marcha, ordenó Sancho Manuel que se provocara al enemigo con fuego de mosquetería para atraer su atención y evitar de este modo que pudiera cargar sobre el contingente que salía de la plaza.

Habiendo llegado al campo los mencionados capitanes con sus grupos respectivos, emprendieron la subida hacia el cotorro donde estaba la posición clave de los castellanos, haciéndolo cada uno por lugares diferentes.

Era esta sin género de dudas la primera operación de guerra que merecía el título de tal; y los portugueses, intrépidos y dispuestos a conseguir su objetivo, avanzaban animosos, de frente,

agazapándose unas veces y a cara descubierta las más, en alarde de osadía y valor extraordinario.

Manuel Feo era también la primera vez que tomaba parte en un episodio bélico de importancia y responsabilidad; y se condujo con tal valentía y bríos, que su comportamiento contagió a los demás guerrilleros y contribuyó sobremanera al buen éxito de la expedición.

La fortuna, desde luego, estuvo de parte de los portugueses en esta ocasión, toda vez que, aunque no sin esfuerzo, consiguieron desalojar de su posición a los extremeños y hacerlos huir, apuntándose un regular triunfo, y decimos regular, porque el dominio del referido fortín no fué más que temporal y el conseguirlo les costó muchas y sensibles pérdidas.

Destacó en esta operación, como se ha dicho, el capitán Feo, dando pruebas de ser militar pundonoroso, valiente y ducho en estas lides. Era natural de la Beira, y los ciento diez hombres que cooperaron con él en la referida operación de guerra eran todos paisanos suyos y gente noble y animosa. El objetivo lo consiguió siguiendo una táctica por demás conveniente; en su avance iba deshaciendo los pequeños focos de resistencia que encontraba, y al llegar al reducto fortificado, resto de antigua fortaleza, donde radicaba el núcleo principal de sus adversarios, en tanto que Simón de Faria y sus hombres los atacaba y distraía, él, con arrojo y temeridad, al frente de sus entusiastas y valientes paisanos, se lanzó al asalto y se apoderó del bastión que ocupaban sus enemigos.

Una vez que los portugueses consiguieron lo que se habían propuesto, el Maestre de campo dejó el gobierno del castillo y el mando de la guarnición al sargento mayor Pedro da Vide y puso a Feo de Mello al frente de la nueva posición en lo alto de la sierra; y al día siguiente, con la compañía de Damián Botello, que capitaneaba accidentalmente el alférez Alfonso de Lucena, se acercó a entrevistarse con el General para recibir órdenes y proceder en consecuencia.

Determinó Téllez quedarse aquella noche con toda su gente en el campamento que habían improvisado, cercano a la villa de Eljas; pero Sancho Manuel le hizo ver los inconvenientes del caso y lo peligroso que era continuar en tierras del enemigo donde

había tantos lugares cercanos, siendo de esperar que, conocedores de cuanto sucedía, los habitantes de la comarca estuvieran ya sobre las armas y concentrándose en cualquier punto de la serraña para atacar en el momento que estimasen oportuno. Y como por otra parte, muchos de los que integraban la milicia eran gente bisoña y no pagada, se temía que aprovecharan la oscuridad de la noche para desertar, por cuya razón parecía lo más acertado regresar a Valverde y permitir que la tropa descansara en las casas de dicho lugar, con centinelas a la vista, y al día siguiente, repuestos de la fatiga y todo en orden, podrían marchar sobre San Martín de Trevejo, conforme al plan de campaña que habían trazado.

Parecieron bien al General las indicaciones del Maestre y acompañado de él dió la vuelta hacia Valverde, donde fueron recibidos con pruebas de sumisión, al menos en apariencia, esforzándose los habitantes del lugar en hacer ver a los militares portugueses que ellos nada tenían que ver con la rebelión y conducta de los vecinos de Eljas y demás lugares del contorno.

Téllez, prudente y diplomático como siempre, fingió dar crédito a cuanto le decían y admitió tales disculpas; especialmente porque así convenía a sus intereses, toda vez que suponía mucho poder alojar bien a sus soldados y tener dispuestos a los valverdeños para cuando ellos regresaran desde San Martín.

Pasaron aquella noche en dicha localidad y se dispuso todo en armonía con las exigencias del momento: rondas, centinelas y relevos. Y al amanecer salió para Eljas, Sancho Manuel, y retiró la infantería pagada que había dejado allí, reduciendo la guarnición definitiva y permanente del castillo a trescientos auxiliares mandados por un capitán de ordenanzas.

Regresó después a Valverde con el grupo de tropas que sacara de Eljas y las incorporó al grueso que había de dar en seguido sobre San Martín.

APÉNDICE I

DATOS BIOGRÁFICOS Y GENEALÓGICOS DE ALGUNOS FAMILIARES DEL COMENDADOR DE ELJAS, DON ALONSO DE QUIÑONES

Diego Hernández de Quiñones, merino mayor de Asturias, era abuelo paterno del comendador Quiñones y estaba casado con Juana Enríquez, hermana del almirante de Castilla e hija de Enrique Enríquez, conde de Alba de Liste.

Este esclarecido caballero hallóse en las talas de las vegas de Granada y Málaga en tiempos del rey Enrique IV y asistió a la coronación de los Reyes Católicos, a quienes sirvió en las guerras con Portugal.

Fueron sus hijos: Bernardino, Francisco (fraile franciscano y cardenal-obispo de Coria), Antonio (padre del comendador Alonso), Beatriz, Juana y Francisca.

El bisabuelo del mencionado comendador de Eljas se llamó Pedro de Quiñones, merino mayor del reino de León y Asturias, quien se halló también en la guerra de la vega de Granada en tiempos del rey D. Enrique y siguió en 1431 el bando contrario al privado Alvaro de Luna, preso por orden de Juan II y libertado por el hijo de este monarca.

Fueron hermanos de este prócer: el gran Suero, Fernando, Teresa, María, Elvira, Mencía y Violante, hijos todos de Diego Hernández de Quiñones, que casó con María de Toledo, hija de Fernán Alvarez de Toledo, Sr. de Valdecorneja.

He aquí transcrito, en parte, un documento que se halla en el expediente de pruebas para ingreso en la Orden de Alcántara, de don Diego de Quiñones, hermano entero del mencionado Comendador de Eljas. Dice así:

«Don Diego de Quiñones, vecino ed la cibdad de león, digo q. v. al. me hizo q. se me diese el ábito de alcántara para que hiziese profesión enel según parece por esta cédula y porque enesta corte (ilegible) conocen ami padre Don Antonio de Quiñones, y conocieron a mi madre doña catalina de acevedo, prima, hijos de hermanos de don alonso de fonseca, arçobispo de toledo, de buena memoria, y conocieron a don diego hernandez de Quiñones, conde de luna, my abuelo y adoña juana Enriquez, condesa de luna mi abuela, y conocieron a Luys de acevedo y a doña ginebra de Acuña su muger, mis abuelos de parte de mi madre, suplico a V. Al. sea servido &, &,...que la información de esto se tome en esta corte &, &,...»

Don Luis Acevedo, abuelo materno del comendador D. Alonso de Quiñones, era natural de Salamanca, y D.^a Ginebra de Acuña, su esposa, de Galicia, hija de Gómez Pérez de las Marinas.

(Legs. 1.242, 1.243 y 1.248 del A. H. N., *Orden de Alcántara: Pruebas de caballeros.*)

APÉNDICE II

JOAQUÍN DE ARANDA Y HURTADO DE AMEZAGA. DATOS BIOGRÁFICOS Y GENEALÓGICOS RELATIVOS A ESTE CABALLERO, COMENDADOR DE ELJAS, Y A SUS ASCENDIENTES Y COLATERALES

A este caballero le hizo merced S. M. del hábito de la Orden de Alcántara, con la *encomienda* de las Eljas, en el año 1737.

Era natural y señor de la casa de Anuncibay, del valle de Orozco, en el señorío de Vizcaya, y su linaje, uno de los más limpios y esclarecidos de la región, especialmente por línea materna, pues los Hurtado de Amezaga, sus tíos, prestaron a la Corona los mejores servicios, derramaron su sangre y se sacrificaron cien veces en bien de la patria, distinguiéndose como soldados valientes y pundonorosos.

Dicho caballero había sido alcalde de nobles en Herrera de Duero (Valladolid) y, cuando se le concedió el hábito, era coronel del regimiento de Dragones de Lusitania.

Fué hijo de Francisco Antonio de Aranda, también de Valladolid, quien, como su hijo y su nieto, desempeñó la mencionada alcaldía, siendo, además, cofrade de la del Hospital de Nuestra Señora de Esgueva y de María de Deza y Anuncibay, nacida en Bilbao.

Y sus abuelos maternos se llamaron Baltasar Hurtado de Amezaga y Ana María de Unzaga, ambos bilbaínos de nacimiento.

Entre los ascendientes y colaterales de D. Joaquín figuran muchos caballeros que desempeñaron los mejores empleos en la vida civil y en la milicia. He aquí algunos de ellos:

Don Cristóbal de Aranda, tío carnal del Comendador, que fué regidor del señorío de Vizcaya.

Don Ignacio de Aranda, hermano de D. Joaquín, marqués de Falces, regidor también del mencionado señorío.

Don Gaspar de Deza, hermano de D.^a María de Deza, abuela de D. Joaquín, regidor de Bilbao.

Don Tomás de Unzaga, bisabuelo materno del dicho Comendador, regidor asimismo de Bilbao.

Pero los que más consiguieron destacar por sus servicios fueron los ocho hermanos de D.^a Manuela Hurtado de Amezaga, abuela del tantas veces mencionado Comendador de Eljas, y que fueron los siguientes:

El Lic. D. Alonso, que consiguió destacar en las letras y contrajo matrimonio con D.^a Ursula de Santa Coloma, de la que tuvo varios hijos; mas al enviudar se ordenó sacerdote y murió siendo beneficiado de las iglesias reunidas de Bilbao.

Don Baltasar, caballero de Santiago, marqués de Riscal Alegre, teniente general de los ejércitos de S. M., capitán de guardias del gobernador y capitán general de Milán; gobernador que fué de las plazas de Alcántara, Badajoz y Málaga. Murió siendo gentilhombre de manga del serenísimo príncipe de las Asturias.

Don Juan Francisco, del Orden de Santiago, capitán de infantería del tercio viejo de la armada real. Murió en 1694 en el sitio de Ostelric, del principado de Cataluña.

Don Juan Antonio, caballero de Santiago, maestre de campo de la infantería española en Flandes, teniente general de los ejércitos de S. M. y comandante de las reales guardias. Siendo capitán general de Extremadura, murió en Badajoz.

Don José, capitán de caballos, capitán teniente de guardias en el ejército de Milán, mariscal de campo y subalterno del marqués de Lede en el ejército de Sicilia. Murió siendo gobernador de la plaza y fortaleza del Caller de Cerdeña.

Don Gabriel, coronel del regimiento de Extremadura en la caballería y mariscal de Lori, muerto por un proyectil de artillería.

Don Andrés, capitán de caballos corazas en las tropas de S. M. Cesárea, primer capitán de caballos en las guardias del príncipe Baudemonts, que murió en la batalla de Casan, cuya operación mandó y dirigió en funciones de mariscal de campo.

Don Joaquín, capitán de infantería reformado, capitán de caballos de las guardias de dicho príncipe. Falleció sobre el sitio

de una plaza de Italia. Estos últimamente citados, caballeros todos del hábito de Calatrava.

Indudablemente, bien podía presumir D.^a Manuela Hurtado de Amezaga de los brillantes empleos alcanzados por sus ocho hermanos, a quienes amaba entrañablemente, al extremo de que llegó a declarar en una de las cláusulas de su testamento «que fué sin dinero al matrimonio porque todo lo había gastado en los avíos a los ejércitos y servicios de S. M. por sus hermanos legítimos y el gran cariño que les tenía».

(A. H. N.: Pruebas de caballeros de la Orden de Alcántara, legajo 94).

APÉNDICE III

FRANCISCO DE ARANDA, ROJANO, HURTADO DE AMEZAGA, GARCÍA DE VILLAMOROS, COMENDADOR DE ELJAS. DATOS BIOGRÁFICOS Y GENEALÓGICOS DE ESTE CABALLERO Y DE OTROS MIEMBROS DE SU LINAJE

Cuando en 1744, S. M. el Rey le concedió el hábito de Alcántara, era capitán de Dragones de Lusitania, el mismo regimiento que mandara su padre tantos años con la categoría de coronel.

Nació en Sabadell, del principado de Cataluña, con ocasión de encontrarse su padre en dicha localidad al mando del mencionado regimiento de Dragones.

Hijo del comendador de Eljas, D. Joaquín de Aranda, de quien hemos hecho mención en el apéndice n.º II, y de doña María Teresa Ignacio de Rojano García de Villamoros, natural de Milán, en Lombardía, donde nació por encontrarse allí su padre sirviendo el empleo de capitán en el regimiento de Dragones de Pavía, quien fué más tarde camarero de la reina y asistente de la serenísima princesa del Brane.

Fueron sus abuelos paternos, los ya mencionados D. Francisco de Aranda y D.^a Manuela Hurtado de Amezaga.

Y los abuelos maternos se llamaron: Miguel Segundo de Torres Ceballos, caballero de Santiago, que nació en Cartagena de Indias donde se encontraba su padre, D. Diego Rojano y Barona, sirviendo en los ejércitos de S. M. en aquel presidio. Era natural de Consuegra, en cuya localidad solamente residió los primeros años de su infancia. Murió en Jerez y fué enterrado en la iglesia parroquial del arcángel San Miguel, cuando desempeñaba los cargos de

gobernador y superintendente de rentas reales en dicha plaza, y doña Catalina García de Villamoros, natural de Madrid.

Fueron sus bisabuelos paternos: Francisco de Aranda, de Valladolid; María de Deza y de Anunciabay, de Bilbao; Baltasar Hurtado de Amezaga y Ana María de Unzaga, de Bilbao.

Y los bisabuelos maternos: Diego Rojano Barona, de Consuegra; Antonia de Torres Ceballos, de Asturias; Diego García de Villamoros y Catalina García de la Torre, de Madrid.

Don Francisco de Aranda, comendador de Eljas, militar de profesión, además de los ocho hermanos de su abuela doña Manuela, quienes como hemos visto destacaron en la carrera de las armas, tuvo también a su padre y a siete hermanos de éste que brillaron en la milicia.

La referida D.^a Manuela tuvo nueve hijos tan valientes y esclarecidos como sus ocho hermanos. Helos aquí:

Don Miguel Francisco de Aranda y Hurtado de Amezaga, que murió soltero, siendo capitán de infantería al servicio del rey Felipe V., en 1711, a consecuencia de las heridas que sufrió en la batalla de Villaviciosa.

Don Francisco Antonio, que era en 1744 chantre de la S. I. C. de Málaga.

Don José Antonio, que murió soltero con el empleo de alférez.

Don Baltasar Emiliano, muerto estando todavía soltero, con la categoría de capitán de caballos en un regimiento de carabineros sobre el sitio de Mellaro, en el reino de Sicilia, en 1718.

Don Cristóbal Eusebio, casado, capitán de caballos del regimiento del serenísimo príncipe de Asturias.

Don Francisco (quien al confirmarse cambió su nombre por el de Felipe Francisco), que murió siendo aun soltero con la categoría de capitán de infantería en el regimiento de Cantabria y con patente de teniente de las reales guardias de infantería en las guerras de Sicilia.

Don Ramón, muerto también soltero de teniente de las reales guardias de S. M. el Rey.

Don Joaquín, mariscal de campo, casado, que falleció en la

travesía al ir a Cartagena de Indias para ocupar el cargo de Gobernador.

Y sor Francisca Antonia de la Encarnación, religiosa dominicana en el convento de la Encarnación, de Bilbao.

(A. H. N.: Pruebas de caballeros de la Orden de Alcántara, legajo 100.)

APÉNDICE IV

DATOS BIOGRÁFICOS Y GENEALÓGICOS DE D. PEDRO DE ALCÁNTARA, SILVA, MENESES, SARMIENTO, ALAGÓN, DÁVILA Y ZÚÑIGA, CORONEL DEL REGIMIENTO DE CABALLERÍA DE ÁFRICA Y ÚLTIMO COMENDADOR DE LAS ELJAS EN EL ORDEN DE ALCÁNTARA

Nació en Madrid y fué bautizado en la parroquia de San Sebastián el día 5 de noviembre de 1742, siendo su padrino fray Juan Sanz, religioso lego de San Francisco. Se le impusieron los nombres de Pedro de Alcántara, María de Belén, Carlos, Joaquín, José, Benito, Millán, Antonio, Cayetano, Andrés, Avelino, Ciro y Juan Nepomuceno.

Era hijo de Pedro Artal de Silva, Bazán, Alagón, Benavides, Ostarlich y Cardona, marqués de Santa Cruz, conde de Montesanto, comendador de Yeste y Talvilla en la Orden de Santiago, gentilhombre de cámara de S. M. con ejercicio, mayordomo de la reina y del serenísimo príncipe D. Felipe, barón de San Boy y señor de Tarlania de Balaguer.

Nació en Caller, capital de la isla y reino de Cerdeña y fué bautizado en la iglesia catedral de dicha ciudad el 17 de octubre de 1703.

Dejó dispuesto en el testamento que al morir fuera enterrado en el altar de la Purísima Concepción en el convento de San Francisco de Madrid.

Casó con D.^a María del Rosario, de Loreto y del Carmen, Cayetana Sarmiento y Dávila, condesa de Arcicollar, que nació en Madrid y fué bautizada en la parroquia de San Martín el 15 de agosto de 1707. Bendijo su unión el obispo de Mondoñedo, Fray Antonio Sarmiento.

Los abuelos paternos del comendador de Eljas D. Pedro de Alcántara y Silva, fueron: D. José de Silva y Meneses, natural de Velez Málaga, marqués de Villasor, conde de Montesanto, grande de España, caballero del Toisón de Oro, quien otorgó testamento en Viena (Austria) el 2 de noviembre de 1742, y D.^a Muela de Alagón, Bazán y Benavides, bautizada en Chinchón el 29 de diciembre de 1680.

Y sus abuelos maternos se llamaron: D. José Francisco Lorenzo Sarmiento, de Sotomayor, Isasi y Velasco, conde de Salvatierra y Pie de Concha, marqués de Sobroso, señor de Porriño y de las Adras, grande de España, brigadier de los ejércitos reales, que fué bautizado el 21 de agosto de 1681 en la parroquia de San Luis, de Madrid, y contrajo matrimonio en la iglesia de San Pedro en 18 de agosto de 1676, con D.^a María Leonor Dávila y Zúñiga, marquesa de Lorianana, de la Puebla y de Baydes, que recibió las aguas del bautismo en la parroquia de San Martín el 15 de agosto de 1707.

Sus bisabuelos paternos: Pedro, José Félix de Silva, Pacheco, Girón Meneses, conde de Cifuentes, marqués de Alconchel, alférez mayor de Castilla, capitán general de la costa y reino de Granada y virrey de Valencia, quien otorgó testamento en Madrid el día 2 de abril de 1697, habiendo contraído matrimonio con D.^a Elena Fernández de Córdoba y Castilla, en la parroquia de San Martín de esta Corte el 10 de marzo de 1660.

Don Artal de Alagón y Bazán, conde de Sástago y de Monsanto, marqués de Villasor y barón de Cabo Albas, de San Boy y de otros muchos estados, castillos y varonías en el principado de Cataluña y reino de Cerdeña; cabeza y primera voz en el estamento de este reino y capitán de caballería, contrajo matrimonio con D.^a Ana Nicolasa Bazán y Benavides.

Sus bisabuelos maternos: D. José Salvador Sarmiento de Mendoza e Isasi y D.^a María Fernández de Velasco y Guzmán, condes de Salvatierra y Pie de Concha.

Francisco Melchor Dávila, Mexía, Ovando y Zúñiga, y D.^a María Luisa Fernández Dávila, Zúñiga y Córdoba, marqués de Lorianana y de la Puebla. Dicho D. Francisco Melchor era señor de las villas de Villanueva del Campillo, D. Llorente, Hortaleza y Pedrosa, gentil hombre de cámara de S. M. y su mayordomo.

Otros parientes: D. Pedro de Alcántara Silva, comendador de

Eljas, era hermano de D. José de Silva y Meneses, marqués de Santa Cruz, del Viso, de Villazor, Bayona y Arcicollar, conde de Monsanto y Pie de Concha, grande de España, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, caballero de Santiago, del Toisón de Oro, comendador de Yeste y Talvilla, cuyos títulos y honores le correspondían por ser el primogénito.

Otro hermano del comendador D. Pedro de Silva se llamaba don Diego y también Comendador del Seteno en la Orden de Alcántara y coronel de los reales ejércitos.

Era hermana del padre de D. Pedro de Alcántara D.^a Cayetana de Silva y Meneses, duquesa de Miranda y camarera mayor de la princesa. Y primo de D.^a Manuela de Alagón y Bazán, abuela de don Pedro de Silva, D. Alvaro de Bazán y Benavides, marqués de Santa Cruz y del Viso, grande de España, mayordomo mayor de la reina madre, teniente general de los reales ejércitos, de las Órdenes del Toisón y de Santi Spíritus, Comendador de Santiago, por cuya muerte sin sucesión recayó su casa y estado en D. Pedro y sus hermanos, si bien el llamado José Francisco, como hemos dicho, era el primogénito y heredero de los títulos y mayorazgos.

(A. H. N.: Pruebas de caballeros de la Orden de Alcántara, legajo 1.433.)